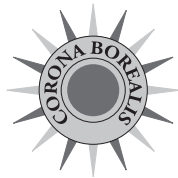


Juan Luis Llácer

JESÚS
Familia *y la*
de Betania



Ediciones Corona Borealis

Jesús y la familia de Betania. Juan Luis Llácer

© 2013, Juan Luis Llácer
© 2013, Ediciones Corona Borealis
Pasaje Esperanto, 1
29007 - Málaga
Tel. 951 088 874
www.coronaborealis.es
www.edicionescoronaborealis.blogspot.com

Diseño editorial: HF Designers
Ilustración de portada: HF Designers

Primera edición: Febrero de 2013

ISBN: 978-84-15465-23-2
Depósito Legal: MA 112-2013

Distribuidores: <http://www.coronaborealis.es/?url=librerias.php>

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Printed in Spain - Impreso en España

Índice

INTRODUCCIÓN	17
1. EL SÍMBOLO DE LA HIGUERA	
Betfagé y Betania.....	37
La identificación de Siddharta Gautama con su Buddha interno.....	39
La higuera como símbolo universal.....	41
2. LAS CUATRO ESCENAS DE LA UNCIÓN	
Significado de la unción.....	47
Los números del mundo y del Reino de los cielos.....	48
La relación desequilibrada entre el polo masculino y femenino del hombre andrógino.....	51
Simón el fariseo y la mujer pecadora.....	55
La deuda de 500 denarios y de 50 denarios.....	56
El contacto con la boca, las lágrimas y los cabellos.....	58
El perfume, la jarra de alabastro y los dos aspectos de la mente.....	60
Simón el leproso y la escena de la unción según Marcos y Mateo.....	62
La lepra y la condición del cuerpo etérico.....	64
Los pobres y el valor del perfume.....	66

3. LA VISIÓN DE NATANAEL Y EL NOBLE ÓCTUPLE SENDERO	
Presencia del Budismo en el evangelio de Juan.....	71
Natanael bajo la higuera.....	74
Ven y verás.....	76
La visión perfecta.....	77
¿Qué tenemos que ver tú y yo, mujer?.....	81
4. LOS MISTERIOS DEL VINO Y LA MENTE CREADORA	
El vino nuevo de las bodas de Caná.....	83
El vino y los misterios.....	86
Los propósitos y pensamientos perfectos.....	88
El hijo del oficial real y la recta palabra.....	89
El paralítico del estanque de Betzatá.....	91
La conducta perfecta.....	93
Los milagros y el poder de la mente sobre la materia.....	96
5. EL DESTINO DE JUAN EL BAUTISTA	
Juan el Bautista ha de morir.....	99
La función del discípulo precursor.....	103
¿Aún seguís sin entender?.....	107
El cuerpo humano y la camilla del paralítico.....	108
6. LA MULTIPLICACIÓN DE CINCO PANES Y DOS PECES	
La misión de los enviados de Jesús.....	111
Sacudirse el polvo de los pies.....	112
Sentarse sobre la hierba y sentarse sobre tierra.....	114
Las ovejas sin pastor.....	117
Grupos de cien y de cincuenta.....	118
La familia de cinco miembros.....	121

Tres contra dos y dos contra tres.....	123
Los cinco panes, los dos peces, y las funciones real y sacerdotal.....	125

7. LA MULTIPLICACIÓN DE SIETE PANES

Estar tres días con Jesús.....	131
Alimentarse para no desfallecer en el camino.....	133
El pan de la vida y el pan de la muerte.....	135
Las siete columnas de la sabiduría.....	138
El camino del Señor y los senderos torcidos.....	140
La expulsión de los siete demonios.....	142
Los peces pequeños.....	143

8. LA LEVADURA, EL PAN ÁCIMO Y EL CUERPO ETÉRICO

La levadura como símbolo.....	145
El maná del desierto.....	147
El rocío y el fuego.....	151
El pan ácimo y la regeneración del cuerpo etérico.....	153
La fiesta de Pentecostés en sus versiones judía y cristiana.....	156
Los medios de vida perfectos.....	159
El esfuerzo perfecto.....	161
El poder del Yo Soy.....	162

9. LA CURACIÓN DE UN CIEGO DE NACIMIENTO (I)

La manifestación de las obras de Dios.....	165
El proceso de llegar a ver.....	167
El estanque de Siloé y la ley de los renacimientos sucesivos.....	171
La mandrágora y las manzanas de oro.....	173

10.LA CONEXIÓN HEBREO-GRIEGO Y LA CLAVE 81

El camino a Betania.....	177
--------------------------	-----

El alfa y el omega.....	178
Todas las almas y el alma.....	179
El Yo Soy sagrado y profano.....	180
El rey y el ángel.....	181
Siloé y el Mesías.....	181
El lirio y el aliento de los Elohim.....	182
El sexto día de la Creación y la mente.....	183
Con la letra π fueron creados los cielos y la tierra.....	184
La fe gnóstica que conduce al Señor.....	186
Pistis Sofía.....	187
Los versículos 80 y 81 de los evangelios de Lucas y Juan.....	188
La conexión 800-72.....	190
Las 108 cuentas del rosario tibetano.....	190
Las piedras, o el rosario tibetano en clave hebrea.....	192
El estanque de Siloé, el mal ladrón y el buen ladrón.....	194
Las Tres Cruces.....	197
La palingenesia y la ley de los renacimientos sucesivos.....	198

11. LA CURACIÓN DE UN CIEGO DE NACIMIENTO (II)

La visión mundana y la mayoría de edad.....	199
Obtener la vista para ser cegado.....	201
La curación del ciego de Betsaida.....	203
La atención perfecta.....	206

12. LA MUERTE Y RESURRECCIÓN DE LÁZARO

El Jesús que llora y el que da la vida.....	207
Jesús, Rey de Israel e Hijo de Dios.....	209
Las obras de Dios y la gloria de Dios.....	213
El sueño sagrado de Lázaro.....	217
Las lágrimas de Jesús y el bautismo de fuego.....	221
La glorificación de Lázaro.....	222

Hacer rodar la piedra.....	225
El sepulcro y la memoria perfecta.....	228
Las vendas y el sudario.....	230

13. LAS TRES HISTORIAS PARALELAS DE LOS EVANGELIOS

La muerte de un sólo hombre para beneficio de todo el pueblo.....	233
El triple argumento de los evangelios.....	237
El aspecto femenino y masculino de la familia de Betania.....	240
El perfume que impregna la casa.....	245

14. LA EGRÉGORA DE LA MAGDALENA

La evolución de María de Betania.....	251
La madre y el hijo a los pies de la cruz.....	256
La pesca de 153 peces grandes.....	260
El Mundo que viene.....	263
Estoy vivo cuando estoy despierto.....	265

15. EL SEPULCRO VACÍO DE JESÚS

José de Arimatea y el Logos.....	269
El sepulcro viejo de Lázaro y el sepulcro nuevo de Jesús.....	273
La maldición de la higuera.....	276
El sepulcro nuevo.....	278

16. EL SEPULCRO VACÍO DE JESÚS Y LA VACUIDAD

El Vacío y el Pléroma.....	281
El Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza.....	283
Las vendas y el sudario de Cristo resucitado.....	288
Las tres Resurrecciones.....	290
Entrar al sepulcro para Ver y Creer.....	291
La perfecta concentración o perfecta absorción.....	294

17. NO ME RETENGAS	
María Magdalena y el hortelano.....	297
Los dos giros de María Magdalena.....	299
La lengua hebrea y el espacio-tiempo.....	302
El cumplimiento del Plan y la revelación del Propósito.....	306
El Parákleto y el abogado defensor.....	309
El juicio del alma.....	311
El Campo de Verdad planetario y la Vida abundante.....	314
ALFABETO GRIEGO.....	319
ALFABETO HEBREO.....	321
TABLA BUSCADORA DE VERSÍCULOS.....	323

¡Nazaret! -exclamó Natanael- ¿es que puede salir algo bueno de Nazaret? Felipe le contestó: Ven y verás
Juan 1, 46

Entonces entró también el otro discípulo, que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó
Juan 20, 8

Seis días antes de la Pascua, Jesús se fue a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dieron allí una cena. Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. Entonces María, tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume
Juan 12, 1-3

λέγει αὐτῇ Ἰησοῦς Μαριάμ

Le dice Jesús: ¡María!

Juan 20, 16

Introducción

Este libro es la continuación de *La Torre de Babel y la jarra de alabastro*. Aunque puede ser leído de manera comprensiva como una obra autónoma, el lector adquirirá mayor perspectiva y profundidad al considerar los temas en ella tratados si hace preceder su lectura de la anteriormente citada. Las palabras con las que se inicia la Introducción a la citada obra, son también adecuadas para situar esta otra en su contexto propio:

"La torre de Babel y la jarra de alabastro es la primera de una serie centrada en dos temas fundamentales. En primer lugar, emprenderemos una reflexión en profundidad sobre la figura de Jesús de Nazaret, la naturaleza de su persona y de su vida, y el sentido profundo de las que suponemos fueron sus palabras y los actos que protagonizó. En segundo lugar, aunque no en un segundo plano, nuestro interés se enfocará de manera muy especial en los principales documentos históricos que contamos como fuente de información para tener noticia de su vida, sus palabras y sus actos. Esos documentos son los cuatro evangelios considerados canónicos".

Además de la cita anterior, el mejor nexo de enlace entre una y otra obra posiblemente sea la declaración que el apóstol Felipe hace a Natanael al principio del cuarto evangelio (Juan 1, 45): *Halla Felipe a Natanael y le dice: Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas igualmente, le hemos hallado: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret*. De acuerdo a estas palabras, Jesús, la figura central del llamado Nuevo Testamento está anunciada y

anticipada en el llamado Viejo Testamento, denominaciones ambas que requieren una breve aclaración, efectuada a la luz de la sabiduría de los Misterios.

No abordaremos aquí las circunstancias históricas concretas que determinaron la aparición de esas dos denominaciones, el Antiguo y el Nuevo Testamento, dentro del contexto del desarrollo del Cristianismo, pues ellas son simplemente la manifestación externa de algo mucho más profundo e interno, y que pertenece de lleno a la auténtica *Tradición*, es decir a la *Transmisión* de ciertas verdades y hechos relativos a la evolución humana, que aún no son considerados por la ciencia de la Historia, ni por ninguna de sus disciplinas auxiliares. De entre ellos hay uno que destaca por su papel central en la comprensión de todos los demás. Enunciado en términos directos la podemos expresar de la siguiente manera:

El actual sistema solar es el segundo de una serie de tres, mediante los cuales la Vida cósmica responsable de su aparición en el Tiempo y en el Espacio está desarrollando y coordinando su triple Personalidad

Un enunciado de esta naturaleza pertenece a la categoría de las declaraciones *no científicas*, como pueda ser la relativa a la existencia del alma humana y su naturaleza inmortal, o a la ley de los renacimientos sucesivos que permite que esa alma humana pueda manifestarse en la historia personal por ella creada, para conducirla desde dentro de la misma a su consumación y extinción final. Pero una declaración no científica es algo bien diferente de una declaración *anticientífica*, entendiéndose por tal la afirmación de un hecho que ha sido refutado razonablemente por la Ciencia. Un ejemplo elocuente de lo que es una declaración anticientífica es la que establece al planeta Tierra o al Sol como el centro del Universo. En la segunda mitad del siglo XVI Giordano Bruno afirmó la infinitud del espacio y la pluralidad de los mundos, si-

milares al nuestro, presentes en él. Realizó una declaración que no podía ser corroborada ni refutada con los medios técnicos y conceptuales de la incipiente Ciencia de su época. Su atrevimiento y audacia le pusieron en directo conflicto con la Iglesia católica y la Inquisición, que finalmente le condujeron a la hoguera. Lo que entonces fue una declaración no científica es hoy un hecho científico admitido.

No está lejano el día en el que la Ciencia admitirá de plano la existencia del alma inmortal, como hipótesis necesaria para mantener la solidez y consistencia de todos los demás conocimientos científicos reconocidos, especialmente los relativos a la organización y configuración del cuerpo humano, y a la naturaleza profunda de esas dos palabras-misterio que llamamos *mente* y *conciencia*. Lo anterior equivale a decir que las diferentes ramas de la Ciencia relacionadas con la *vida*, en el sentido convencionalmente científico de esta palabra, establecerán, sin la menor duda, la realidad de que la *conciencia*, y las *actividades mentales* asociadas a la misma, no son en modo alguno el efecto resultante del funcionamiento integrado del cerebro, el sistema nervioso central, más el resto del organismo humano, aunque ese funcionamiento integrado del cuerpo sea condición necesaria para su exteriorización en el nivel de Realidad que llamamos mundo físico. Dada la absoluta equivalencia entre las voces *conciencia* y *alma*, la reivindicación de la conciencia en los términos en los que la sabiduría de los Misterios siempre se ha referido a la misma, supondrá asimismo la reivindicación del alma, y el reconocimiento de su legítima pertenencia al vocabulario científico.

Sabemos que las hipótesis geocéntrica o heliocéntrica son falsas, y no proporcionan una descripción adecuada de nuestro medio ambiente cósmico. La mayor carencia de todos los sistemas teológicos de naturaleza exotérica, independientemente de la tradición religiosa particular en la que se han originado, es que

se encuentran estancados en el equivalente, dentro del universo conceptual en el que tales sistemas se mueven, a lo que fueron los caducos modelos geocéntricos o heliocéntricos.

La sabiduría de los Misterios proporciona, en el mundo de las verdades metafísicas, el paradigma de referencia al que la Ciencia se va aproximando de manera inexorable, dentro de lo que podemos llamar las verdades relativas a los fenómenos físicos, es decir, los fenómenos que pertenecen al mismo plano de lo real al que pertenece el campo de percepción propio del sistema sensorial humano, constituido por el conjunto mente-cerebro-sentidos.

La sabiduría de los Misterios carece de sistemas teológicos o estructuras dogmáticas, aunque puede proporcionar enunciados, como el anterior, que sólo pueden ser corroborados de manera experimental, o más bien *experiencial*, por quienes recorran en grado suficiente el sendero de perfección, o de *santidad*, al que se refiere el autor del evangelio de Mateo (5, 48): *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*. Este plan de vida, el más exigente y completo posible, sólo puede cumplirse cuando ese gran misterio que llamamos *conciencia*, se libera de la necesaria servidumbre inicial que le impone su sistema sensorial, el mecanismo mediante el cual toma contacto con el mundo natural, y puede experimentarlo en su integridad. Sin embargo, es gracias a su sistema sensorial asociado que la conciencia puede crecer y expandirse.

La liberación de la conciencia equivale al conocimiento de la verdad, algo que el cuarto evangelio expresa con absoluta claridad (Juan 8, 32): *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*. El conocimiento progresivo de la verdad es el resultado inevitable de alcanzar la maestría en el uso del sistema sensorial. Mediante ese sistema, la conciencia, un ente sobrenatural en el sentido más exacto de la expresión, se abre al mundo natural. Una vez alcanzada esa libertad, se abre el camino que conduce a la suprema identificación de la conciencia con su fuente espiritual de

procedencia, el *padre celestial*, la divinidad microcósmica que es la identidad esencial de todo ser humano sin excepción.

* * *

Cuando hablamos de *Viejo Testamento* en un contexto místico e iniciático nos referimos, en última instancia, al recuerdo transmitido en el seno de la Tradición Universal de los procesos evolutivos que afectaron a la Humanidad del anterior sistema solar. De esos procesos, que se refieren al pasado *ultrarremoto* de nuestra especie y al planeta que es su campo existencial, no podemos saber nada con nuestros actuales medios de investigación. Tan sólo la mencionada *Tradición Universal* nos suministra alguna información sobre el pasado arcaico de nuestra Humanidad, codificada en un lenguaje mítico y alegórico, y referida a las sucesivas recapitulaciones que del primer sistema solar tuvieron lugar en el transcurso del actual sistema. La más importante de esas recapitulaciones es el ciclo conocido como *la cadena lunar*, en la que hay que situar el origen *remoto*, tanto del llamado *pueblo judío*, como de las fuentes de la sabiduría budista. A esta enigmática relación nos hemos referido en *La torre de Babel y la jarra de alabastro*.

Sobre la *Tradición Universal* podemos decir que es la fuente común de la que han bebido todas las tradiciones particulares, expresadas muchas veces como los diferentes *ismos* que el desarrollo cultural del género humano ha producido. La *Tradición Universal* es renovada periódicamente por todos los verdaderos Maestros del Dharma, de los que el Buddha y Jesús, el Cristo, son los que más directamente nos conciernen en el actual ciclo evolutivo de la Humanidad. Hablando en nombre de todos ellos, Krishna declara, en el séptimo verso del capítulo IV del Bhagavad Gita: *Cada vez que hay un decaimiento del bien y un aumento del*

mal, Yo me manifiesto, edad tras edad, para proteger a los justos y destruir a los malvados. Los *justos* son todos los seres sujetos al proceso evolutivo, y en cuyo simbólico corazón está presente un átomo imperecedero de vida divina. Los *malvados* son todos los obstáculos que se interponen entre la limitada conciencia del ser sujeto a la evolución en el espacio y en el tiempo, y el reconocimiento de su eterna e intemporal esencia.

De acuerdo a la *ley universal de las recapitulaciones*, el actual sistema solar, en lo relativo al desarrollo de la Humanidad terrestre, recapituló las condiciones existentes en el anterior sistema durante el ciclo conocido como *cadena lunar*, tal y como se menciona en *La torre de Babel y la jarra de alabastro*. De ese ciclo tampoco podemos saber nada directamente, aunque el eco de los acontecimientos que entonces tuvieron lugar lo encontramos reflejado en uno de los mitos más arcaicos de la Biblia, el relativo a la construcción de la torre de Babel y al pueblo que intentó semejante empresa. En la obra antes mencionada se trata este punto adecuadamente.

Lo que distingue al Nuevo Testamento del Viejo, más allá de lo que a ese respecto pueda decir la crítica académica y científica, es que en él se recoge un estadio superior en la Revelación progresiva de la Divinidad Macrocósmica a la divinidad microcósmica, el ser humano. Los seres humanos del anterior sistema solar, y del ciclo recapitulatorio del mismo que llamamos *cadena lunar*, pudieron conocer a esa Deidad, diferente por completo del Dios de las teologías monoteístas, como *Propósito inteligente en acción*, o *Mente creadora*. La Humanidad del actual ciclo puede penetrar un grado más en el conocimiento de los Misterios divinos, y experimentar a Dios como *la Sabiduría y el Amor que dirigen el Proceso Creador*. La Humanidad del siguiente sistema solar conocerá a Dios como *Propósito cósmico basado en el amor inteligente*.

Cada uno de esos tres sistemas solares tiene como finalidad la coordinación de la triple *Personalidad Cósmica* del Logos solar, una Vida cósmica sobre cuya Naturaleza no podemos saber nada directamente. Las tres maneras de penetrar en los Misterios divinos que han sido expuestos en el párrafo anterior, constituyen también la única manera que los seres humanos tenemos de experimentar la *Cualidad* propia de una Vida cuyo Poder creador da lugar a la manifestación de un sistema solar.

Desde nuestra extraordinariamente limitada percepción, los tres sistemas solares a los que nos hemos referido, aparecen ordenados secuencialmente en el Espacio y en el Tiempo. Sin embargo, de acuerdo a la Vivencia de la Vida cósmica que los trae a la existencia, el Logos solar, ese proceso se efectúa en el instante intemporal de su Aquí y Ahora. El misterio que subyace en estas dos declaraciones, aparentemente contradictorias, radica en la capacidad que tiene la Conciencia para trascender el *Tiempo*, y entrar en un tipo de vivencia intemporal en relación a los acontecimientos respecto de los cuales esa misma Conciencia en expansión estuvo sometida, antes de alcanzar la liberación.

Hemos hablado de la existencia de Vidas cósmicas o macrocósmicas, y de vidas microcósmicas, de las que nosotros, los seres humanos, somos un exponente. La diferencia entre ambas clases de vidas en evolución y desarrollo puede comprenderse si tenemos en cuenta que todas las unidades de vida sujetas al tipo de evolución que les es propio, han de crear su propio sistema de manifestación mediante el ejercicio de la función creadora que posee el *Sonido*. Todas las conciencias creadoras quedan inicialmente limitadas por aquello que han creado, su cuerpo de expresión y manifestación. Sin embargo, el cuerpo que limita posee también la capacidad de suministrar a la conciencia encarnada, el *alma encarnada*, el alimento que necesita para poder desarrollar y exteriorizar sus inherentes cualidades. Ese alimento no material

es la experiencia sensible del mundo en el que se encuentra atrapada, siendo al mismo tiempo su necesaria escuela de aprendizaje. Cuando ese aprendizaje existencial progresa suficientemente, el alma encarnada puede recuperar la *memoria sagrada* que la vincula eternamente con su fuente de origen, el alma influyente. De esta forma adquiere conciencia del propósito que la llevó a crear, y entrar en planos de existencia comparativamente más densos y limitantes que aquél del que procede, y al que retornará una vez alcanzada esa plena conciencia.

Todas las almas humanas crean su propio sistema de manifestación cuando proyectan de sí esa presencia de alma que puede soportar una determinada estructura corporal, compuesta de una mente, un cuerpo emocional y un cuerpo físico. La afirmación anterior establece la diferencia, dentro de su unidad esencial, entre el *alma influyente* y el *alma encarnada*. Los diferentes aspectos corporales del verdadero cuerpo humano están constituidos por innumerables vidas elementales, para las cuales ese cuerpo es *su mundo*, su campo existencial. Cada una de ellas podría decir del mismo lo que aparece en los Hechos de los apóstoles (17, 28), referido al *dios desconocido* del que habla Pablo de Tarso en su discurso a los atenienses: *En Él vivimos, nos movemos y tenemos el ser*. El Ser al que se refiere la expresión *el dios desconocido* es la Vida cósmica que creó el campo existencial en el que nosotros, la Humanidad terrestre, *vivimos, nos movemos y tenemos el ser*. A esa Vida la podemos llamar Logos planetario, y el rango de su cualidad Cósmica se manifiesta en el hecho de que su potencia creadora le permite dar lugar a la aparición de un sistema de mundos, el *sistema planetario Tierra*, en el que pueden existir y evolucionar distintas jerarquías de seres, entre ellos nosotros, dotados de la cualidad de la autoconciencia.

La diferencia con las vidas microcósmicas, entre las que los seres humanos nos encontramos, radica en esta última carac-

terística. Las Vidas cósmicas, tales como el Logos solar o los diferentes Logos planetarios, crean sistemas de mundos adaptados a la existencia de seres conscientes, dotados de las mismas cualidades potenciales, aún por desarrollar por lo tanto, que las de las Vidas en cuyo sistema de manifestación ellas pueden vivir y existir. Las vidas microcósmicas, como lo son las mónadas humanas, crean sistemas de manifestación en los que tal cosa no es posible. Esos sistemas, los cuerpos que sirven de vehículo objetivo a la conciencia subjetiva, están formados exclusivamente por vidas elementales que se encuentran en el arco involutivo, lo que quiere decir que sólo pueden progresar cuando la vida evolutiva que es la usuaria del cuerpo que es su particular campo existencial, ejerce sobre ellas un *correcto control*, o cuando esas vidas elementales son *correctamente controladas* por la vida mayor, situada en el arco evolutivo. Cada ser humano que hace un correcto uso de sus diferentes aspectos corporales, el mental, el emocional y el físico, está impulsando a las vidas elementales que componen esos cuerpos en la línea de su progreso y desarrollo específicos.

Las vidas evolutivas progresan cuando ejercen correcto control sobre sus cuerpos de expresión, mientras que las vidas involutivas progresan cuando son correctamente controladas por las anteriores. Esta doble relación es la expresión más elevada de lo que las ciencias biológicas denominan *simbiosis*. Las vidas evolutivas tienen también otra línea de progreso, complementaria de la anterior, que está velada en el impulso que lleva a todo ser humano a conocer el sentido de su vida. Todos los seres humanos poseen un *destino individual*, que se armoniza sucesivamente con distintos grados de *destinos grupales*, hasta desembocar en lo que podríamos llamar el *Destino de la Humanidad*. Finalmente, el Destino de la Humanidad se articula en el *Destino Cósmico* del Logos planetario terrestre, que es un aspecto de otro *Destino*

Cósmico de mayor alcance, el del Logos solar, en Cuyo Cuerpo de expresión, *Él Vive, Se Mueve y Tiene el Ser*.

Seres de un grado de evolución espiritual tan excelso como el Buda o el Cristo de nuestra reciente historia planetaria, son vidas pertenecientes a un estadio evolutivo muy inferior, comparado con el que corresponde a un Logos planetario. Esa diferencia se debe al *Tiempo* empleado en el despliegue de las respectivas cualidades inherentes, y no a ninguna superioridad o inferioridad intrínsecas.

De acuerdo a la Tradición, la Individualidad más avanzada vinculada a nuestro planeta se encuentra, de acuerdo a su grado evolutivo, en el umbral que separa a las vidas microcósmicas de las Vidas cósmicas, pues esa Individualidad puede ser considerada como la personificación directa del Logos planetario terrestre. Ese elevado ser aparece en la Biblia bajo la denominación de Melquisedek (Génesis 14, 18), o el Anciano de los Días (Daniel 7, 9). Dentro de la sabiduría oriental, el mismo personaje, o más bien la misma función planetaria, la ostenta la Individualidad denominada Sanat Kumara, expresión sánscrita que puede ser traducida como *el Eterno Adolescente*.

El contraste existente entre esta última denominación, *el Eterno Adolescente* y el apelativo *El Anciano de los Días*, recoge de manera explícita la diferencia entre los procesos evolutivos que tuvieron lugar en el anterior sistema solar, relativos a la *Humanidad*, y los correspondientes al actual sistema. Esas mismas diferencias también pueden ser adjudicadas, *grosso modo*, a las modernas denominaciones *Viejo y Antiguo Testamento*. El primer sistema solar se caracterizó por el desarrollo del aspecto *Mente*, que puede ser considerado como el instrumento mediante el cual la *Conciencia* entra en el tiempo, para manifestarse en los aspectos dimensionales del espacio en los que el factor tiempo, tal y como nosotros lo conocemos y experimentamos, es determinante. Cuando hablamos de los tres mundos, o *planos*, en los que

se desarrollan las historias personales de las almas humanas, los planos mental, emocional y físico, frecuentemente aludidos en los evangelios como *tres días*, nos referimos al hábitat planetario que es el heredero directo del hábitat evolutivo de la Humanidad del anterior sistema. La expresión *Anciano de los Días* recoge el propósito que tenía por delante la Humanidad de ese ciclo *ultra-remoto*: agotar la experiencia condicionada por la mente y el tiempo, para poder trascenderla. El núcleo argumental básico del Viejo Testamento se refiere a ese ciclo.

En el actual sistema, la función planetaria que entonces era designada de esa manera, pasó a llamarse de forma tal que en la nueva denominación estuviera recogido el objetivo presentado a la Humanidad correspondiente a ese ciclo. La denominación Sanat Kumara o el *Eterno Adolescente*, satisfacía ese requisito. Tal denominación, en realidad una entre otras muchas, no hay que interpretarla en términos de inmadurez psicológica, tomando la etapa de la adolescencia como previa a la de la madurez, sino en términos de la vivencia intemporal inherente al aspecto espiritual del ser humano.

El objetivo de la Humanidad de este ciclo es estabilizar la conciencia en expansión y en evolución en la vivencia intemporal propia del espíritu, la fuente de procedencia del alma. Eso significa la liberación de la acción limitante que sobre la conciencia imponen los 18 grados de sustancia mental, emocional y física, los *18 fuegos menores de Brahma*, que constituyen conjuntamente el ámbito evolutivo de la historia personal del alma. A ese ámbito le podemos llamar indistintamente Galilea o Samsara, pues ambas expresiones se refieren a un mismo hecho de alcance universal, expresado también como *el ciclo de necesidad*, o *la rotación de las vidas encadenadas*, que culmina en la liberación de ese encadenamiento de la conciencia en evolución, el reflejo del alma eterna e intemporal. Recordemos que los términos *alma* y *con-*

ciencia son estrictamente intercambiables y equivalentes dentro de la sabiduría de los Misterios.

Los *18 fuegos menores de Brahma*, referidos en la moderna literatura esotérica como los *planos físico (siete fuegos)*, *astral o emocional (siete fuegos)*, y *mental inferior (cuatro fuegos)*, representan el residuo material del anterior sistema solar, presente en el actual sistema. Esos fuegos, o sustancia-energía de baja vibración, constituyen el mayor obstáculo que tiene ante sí la conciencia humana para despertar a su verdadera naturaleza ilimitada. Quien consigue despertar, y liberarse de la acción limitante de ese tipo inferior de materia, penetra en los niveles más elevados de la sustancia planetaria terrestre, llamados en las tradiciones místicas los *cuatro éteres cósmicos* o *alimentos sagrados*, a los que el evangelio de Juan llama *pan de la vida*, y que son el fundamento de los misterios de la eucaristía y de la regeneración del cuerpo etérico.

Esa conquista espiritual está representada en la biografía del Buda en la escena en la que Siddharta Gautama se sienta bajo la higuera con el propósito inalterable de identificarse con su inherente naturaleza búdica. El mismo acontecimiento espiritual, o *iniciación*, está representado en los tres evangelios sinópticos en la escena de la Transfiguración. El secreto de la iluminación búdica y la transfiguración cristiana, expresiones diferentes de un mismo acontecimiento espiritual de carácter universal, consiste en obtener la completa emancipación de la influencia limitadora que ejerce sobre la conciencia la materia condicionada aún por los Principios que rigieron y estuvieron vigentes en el anterior sistema solar.

La presencia en nuestro planeta de esa materia de grado inferior es la consecuencia inmediata del imperfecto grado de evolución cósmica de la Vida que es la responsable de su existencia, el Logos planetario terrestre. Tal imperfección no nos resulta cognoscible en modo alguno en términos de las categorías psíquicas o morales específicas de la especie humana, pues el Logos plane-

tario es una Entidad que ha trascendido la condición humana, tal y como nosotros la conocemos, en grado tal que carecemos por completo de términos y conceptos adecuados para expresar la *radical diferencia* entre la Vivencia Psíquica de un Logos, y la correspondiente vivencia de un ser humano. Esta es la razón, imperfectamente conocida, y expresada en un lenguaje puramente exotérico, de la creencia sostenida en muchas escuelas gnósticas y dualistas acerca del carácter maligno y pecaminoso de la materia, y de la consiguiente *malignidad* del Dios del Antiguo Testamento, o del Demiurgo creador del Universo material.

* * *

Volvamos ahora al pasaje del evangelio de Juan (1, 45) mencionado al principio de esta Introducción, y que constituye el mejor nexo de enlace entre la presente obra y *La Torre de Babel y la jarra de alabastro*. En ese pasaje el apóstol Felipe se encuentra con Natanael y le transmite la buena nueva de su encuentro anterior con Jesús: *Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas igualmente, le hemos hallado: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret*. Fijémonos preferentemente en lo que Moisés *habló en la ley*, expresión con la que el autor del cuarto evangelio se refiere al conjunto de libros bíblicos que hoy conocemos como Pentateuco. Si nos tomamos en serio las palabras del apóstol Felipe, la pregunta es inmediata: ¿Dónde aparece anunciada la figura de Jesús en dicho conjunto de libros?

Responderemos a la pregunta anterior de la manera más condensada posible. Primeramente, hay que recordar que al hablar de *Jesús* no estamos hablando de un personaje histórico, cuya existencia admitimos por otra parte como premisa fundamental, sino de una cualidad universalmente presente en todos los seres humanos de todos los tiempos y lugares. Estamos hablando del *alma*,

de la conciencia pura y libre de todo condicionamiento mental. La conciencia plenamente libre de la acción limitante impuesta por los *18 fuegos menores de Brahma* a los que ya nos hemos referido.

El alma crea una historia en los *tres días*, o los tres aspectos dimensionales más densos de nuestro espacio planetario, los planos físico, emocional y mental. A esa historia la hemos llamado *historia personal*, pues consiste en la concatenación de sucesivas vidas personales, emanaciones de la misma unidad de energía espiritual, el alma, Jesús. En relación a esa historia personal, su creadora, el alma, es siempre *aquél que ha de venir*, el intermediario entre la mónada espiritual, el padre celestial, y la triple expresión, mental, emocional y física, de la personalidad terrenal, periódicamente renovada vida tras vida. Ese que ha de venir está investido de la autoridad y el poder de su fuente de origen, el padre. Es, por lo tanto, el *ungido*, el *Mesías*, el *Cristo*. Cada alma es el mesías de su historia personal. Sólo al aplicarles la clave psicológica, las sagradas Escrituras hebreas empiezan a desvelarnos sus misterios.

Cuando la Biblia y la tradición judía hablan del *Dios de Abraham, Isaac y Jacob*, se están refiriendo, en un lenguaje diferente, a lo mismo que hemos mencionado en el párrafo anterior. Con el término *Abraham* designamos al estadio avanzado de *cualquier historia personal*, que permite la percepción mental de las ideas y principios abstractos. Dicho en otros términos, esa etapa supone la superación de la etapa de la idolatría, en la que aún se encontraba el padre mítico de Abraham, Teraj. La *idolatría* es el estado en el que se encuentra la conciencia perceptora cuando se identifica con los objetos mentales percibidos por ella, enajenándose en los mismos. A partir del estado evolutivo que representa Abraham, es posible la superación de la idolatría, tal y como se ha caracterizado anteriormente, y entrar en comunicación con el mensajero de la divina presencia interior, el alma, Jesús, el Cristo, *el Dios de Abraham, Isaac y Jacob*.

Uno de los temas dominantes de *La Torre de Babel y la jarra de alabastro* fue el desequilibrio que arrastra la especie humana desde tiempos remotos entre los aspectos masculino y femenino, que están presentes en todo ser humano sin excepción. El aspecto masculino es la conciencia observadora, decisoria y ejecutora, mientras que el aspecto femenino es la sensibilidad receptiva, basada en el sistema sensorial mente-cerebro-sentidos, o el *mecanismo viviente* que hace posible la actualización efectiva de la abstracta capacidad observadora de la conciencia. Ese desequilibrio inicial, y el factor corrector introducido merced a la intervención divina, están maravillosamente escenificados en el episodio del Génesis en el que se produce el doble cambio de nombre de *Abram* a *Abraham* (17, 5) y de *Sarai* a *Sarah* (17, 15). La significación de ese doble cambio sólo es comprensible cuando se consideran las formas en lengua hebrea de los cuatro nombres implicados.

Inicialmente, el nombre de la mujer de Abram era Sarai, escrito שרַי. Posteriormente se convierte en Sarah, escrito שָׂרָה. La diferencia consiste en la sustitución de la última letra, la *yod*, י, por la *he*, ה. Traducido a valores numéricos ese cambio representa la sustitución del 10, valor de la letra *yod*, י, por el 5, valor de la letra *he*, ה. Queda por lo tanto un 5 libre, u otra letra *he*, ה, que va a parar el nombre de *Abram*, אַבְרָם, que pasa a ser *Abraham*, אַבְרָהָם.

Esa conversión de la letra *yod* en dos letras *he* representa el *reparto equilibrado* de la potencia creadora, representada en la letra *yod*, י, entre los dos aspectos de la unidad formada por Abram-Sarai, que se convierte en Abraham-Sarah. Antes de que ese reparto equilibrado tuviera lugar, la totalidad de la potencia creadora estaba localizada en el aspecto femenino, Sarai, lo que no hay que interpretar en términos literales, pues sabemos por el relato bíblico que Sarai era estéril. Es, precisamente, la posesión en exclusiva por parte de la consorte de Abram de la potencia

creadora, la que privaba a su contraparte masculina de su propia cuota de poder creador.

La *esterilidad* de Sarai no significa su incapacidad para concebir y dar a luz una criatura según el orden natural, sino la incapacidad de la pareja mítica Abram-Sarai, en la que todos los seres humanos están representados, para trascender los estados de conciencia confinados al universo de la experiencia sensorial. El exceso de potencia creadora presente en el aspecto femenino determinó el estado de conciencia idólatra que fue apareciendo en la progenie de Abram como una enfermedad crónica del alma encarnada. Traducido en términos propios de la clave psicológica, podemos decir que la excesiva actividad de la mente, el aspecto femenino, dio lugar al estado de enajenación de la conciencia perceptora, el aspecto masculino, erróneamente identificada con los objetos presentes en su espacio mental. De ese desequilibrio se deriva la incapacidad de la conciencia de gobernar adecuadamente su instrumento de percepción, la mente, así como el *Reino interior*, nuestro espacio personal, estrictamente privado, cuya existencia la mente hace posible.

La esterilidad de Sarai se manifestaba en su incapacidad para concebir por sí sola al *hijo de la mente*, otra denominación simbólica para el alma, aludida en la enigmática expresión aramea *hijo de hombre*. El *hijo de la mente*, o el *hijo de hombre*, sólo puede nacer cuando la mente vinculada al cerebro y a los sentidos externos interacciona adecuadamente con la mente sensible a la voz del dios interior y de su mensajero, el alma, el ungido, el Mesías y el Cristo de toda historia personal.

Esa capacidad latente para la manifestación del alma, la conciencia perfecta, está reflejada en la estructura del impronunciable nombre divino יהוה, en la que la letra *vav*, ׀, enlaza a las dos letras *he*, ה, representando a los dos aspectos de la mente. La letra *vav*, ׀, es la sexta del alfabeto hebreo, y se relaciona particu-

larmente con el sexto día de la Creación, en el que apareció el ser humano en su doble naturaleza andrógina (Génesis 1, 26-27). La *sexta* letra representa, por lo tanto, a la criatura del sexto día, el hombre andrógino. Esa *letra*, de acuerdo al significado simbólico que acabamos de ver, es la encargada de unir las dos letras *he*, ה, del nombre divino, o los dos aspectos de la mente mencionados, para alcanzar la perfección inherente a la fuerza creadora espiritual, representada en el valor 10 de la letra inicial *yod*, י. Esa perfección es la que está presente en la *conciencia crística* del alma.

Al contar cada miembro de la pareja Abraham-Sarah con una letra *he*, ה, en su nombre, fue posible que en la historia personal representada por la sucesión de los tres patriarcas hebreos, Abraham, Isaac y Jacob, pudiera manifestarse y hacerse presente el autor y originador de esa historia, *el Dios de Abraham, Isaac y Jacob*. La letra *he* en el nombre de Abraham aseguró para él y su descendencia la continuidad de la comunicación con la voz interior que le hablaba, la voz del alma, de su Mesías o Cristo interior. La letra *he* en el nombre de Sarah permitió *abrir su matriz* para que el *hijo de la mente* pudiera nacer y manifestarse.

En *La Torre de Babel y la jarra de alabastro* se da cuenta, de manera argumentada, de la razón por la que el hijo de ambos, Isaac, no pudo cumplir los requisitos necesarios para ser ofrecido en sacrificio. Sólo en el Nuevo Testamento encontramos la consumación de esta promesa o alianza entre lo divino y lo humano, o entre el dios interior presente en todo ser humano, su verdadera identidad y esencia, y la manifestación más externa y terrenal de ese dios, su personalidad mortal, llamada a ser *templo del espíritu*, en el que lo divino pueda llegar a hacerse presente.

La historia de la familia de Betania, formada por Marta, María, y Lázaro, es la historia ejemplar de la regeneración del ser humano en los dos aspectos, masculino y femenino, en la medida que ambos iban poniéndose bajo la tutela y guía del Maestro in-

terior de esa familia, de Jesús. Los tres evangelios sinópticos nos dan cuenta de la regeneración del aspecto masculino en la progresión moral que conduce de Simón el fariseo a Simón el leproso. El cuarto evangelio nos presenta la misma progresión de una forma más ambiciosa y global en la historia que va de Natanael a Lázaro, y de éste al discípulo que Jesús amaba. Ese discípulo es el *Juan* oculto en el cuarto evangelio, que la posterior tradición cristiana caracterizó con ese nombre. Hablamos ahora de personajes simbólicos o míticos, y no de personajes históricos.

En lo relativo al aspecto femenino, la progresión empieza con el acto de la unción que la mujer pecadora de Lucas efectúa con Jesús. Continúa con las dos unciones en Betania protagonizadas por la mujer anónima que porta la jarra de alabastro, narradas en Marcos y Mateo. Por último, tiene lugar la unción protagonizada por María de Betania, de la que nos da cuenta el evangelio de Juan. Ese personaje femenino encuentra su culminación en María Magdalena o María de la Torre, sobre cuyo rico y complejo simbolismo nos extenderemos adecuadamente.

Pero Moisés *habla de Jesús*, tal y como dice Felipe, en otro pasaje fundamental del Pentateuco, cuyo protagonista es precisamente Moisés, el legislador de su pueblo. Ese pasaje es la teofanía de la zarza ardiente, en la que Moisés pregunta a la presencia divina que se le manifiesta de esa forma por su nombre, obteniendo como contestación la fórmula verbal:

Ehyeh Asher Ehyeh

אֶהְיֶה אֲשֶׁר אֶהְיֶה.

En esa fórmula están contenidas todas las posibles maneras en las que cada representante de la historia personal puede denominarse a sí mismo, antes de desembocar en el único nombre de *Aquél* que todos esos representantes esperan, y que ha de

manifestarse en esa historia, su Mesías, el Cristo. Ese nombre es *Yo Soy*. Para que el *Yo Soy* pueda ser pronunciado se requiere antes de una larga sucesión de personalidades que sólo pueden decir de sí mismas *yo seré ese yo seré*. Finalmente aparece una, el discípulo precursor, representado en Juan el Bautista, que puede vislumbrar el final de ese peregrinaje interior, y puede decir *yo seré ese Yo Soy*. Cuando el proceso de llegar a ser se consuma, sólo subsiste el *Yo Soy*.

* * *

Todo lo que se afirmó en la *Introducción y Aviso para lectores-navegantes*, con que se inicia *La Torre de Babel y la jarra de alabastro*, en relación al uso de palabras hebreas y griegas en su forma original, es aplicable a la presente obra, así como las fuentes de las citas utilizadas. Lo mismo es aplicable a las diferentes formas de escribir el nombre *Buddha*, de la manera en que acaba de serlo, o en la grafía más adaptada a la fonética del castellano, *Buda*.

Al final del libro se añaden también las dos tablas con las equivalencias numéricas de las palabras hebreas y griegas, así como la *Tabla buscadora de versículos*, que permite al lector comprobar por sí mismo las enigmáticas y sorprendentes relaciones existentes entre el número de orden de los versículos de uno u otro de los cuatro evangelios canónicos, y el valor numérico asociado a determinadas palabras y expresiones hebreas y griegas.